



he loves me

OLGA  
SALAR

he loves me

he loves me not

Di que

Si

he loves me not

Elba Vilanova es una exitosa periodista y madre soltera de una niña de doce años. Por casualidad conoce a Efrén Ventura, famoso músico de rock e ídolo de su hija, y salta la chispa. Cuesta mantener la indiferencia ante el encanto del artista, pero todo cambia cuando aparece en escena Max, padre de Alma, desaparecido años atrás.

Max ignora la existencia de su hija, y su llegada pondrá a Elba entre la espada y la pared. ¿Debe continuar la historia con una salvaje estrella de rock más joven que ella o darle una oportunidad a su primer amor y tener por fin la familia con la que siempre ha soñado?

Olga Salar nos ofrece una historia irresistible con un difícil dilema y unos personajes atractivos y sugerentes... tanto los principales como los secundarios.

A los que siempre están ahí para mí...

## Prólogo

*Me obligo a mantener los ojos abiertos,  
cerrarlos me trae despedidas que ansío borrar,  
que desgarran mi alma y encienden mi carne.  
Que me recuerdan que tú ya no estás.*

*Insomnio, CIRCUNSTANCIAS ATENUANTES  
(Efrén Ventura).*

Respirar nunca había sido tan difícil, pensó Elba, al tiempo que cerraba los ojos para intentar recobrar la cordura. No obstante, la imagen de Max desnudo frente a ella continuaba grabada en su retina.

Seguía intentando recuperar el valor cuando sintió una suave caricia en la mejilla. Unos dedos fríos que le recorrían el rostro con delicadeza, pero también con decisión, como si quisieran aprendérselo de memoria.

—Abre los ojos. Solo soy yo —pidió en un susurro, acercándole los labios a la oreja.

Tenía razón, accedió Elba. Se trataba de Max, su novio, el chico al que quería prácticamente desde siempre. La única persona que conseguía que se olvidara de todo con solo una sonrisa. Puede que en esos momentos estuviera desnudo, pero ella ya le había visto desnudo antes, si bien no físicamente él ya le había mostrado mucho más que su cuerpo.

La sensación de sus manos frías recorriéndola contrastaba con la calidez de su aliento. La diferencia hizo que un escalofrío le barriera la columna.

Lentamente obedeció su petición. Fue abriendo los ojos despacio, disfrutando de cada veta de luz que le iba mostrando a Max. Se dio cuenta de que estaba más cerca que antes, de modo que, aunque sabía que estaba desnudo, la proximidad evitaba que se fijara en nada más que en su cara. Inexplicablemente se sintió más segura.

Clavó la mirada en sus ojos, y con ello consiguió que el oxígeno volviera a entrar regularmente en sus pulmones.

—Estoy nerviosa —confesó, sintiéndose tonta.

—Yo también.

—¿De verdad?

Max sonrió al notar la sorpresa en su voz.

—También es la primera vez para mí. No quiero hacerte daño, y no quiero precipitarme. Por otro lado, ver tu precioso cuerpo tampoco es que me ayude mucho a calmarme — bromeó para hacerle sentir mejor.

Elba sonrió, complacida por sus palabras.

—Lo digo en serio, eres preciosa. Y yo estoy impaciente. No quiero hacerlo mal. Tiene que ser perfecto.

—Ya es perfecto, estoy contigo. Y sé que tú jamás me lastimarías.

—Nunca —secundó Max, dejando que sus dedos se enredaran en la suavidad de su cabello.

Sintiéndose atrevida, se separó de él para volver a tener una visión completa de su desnudez y alzó la mano para recorrer su pecho y deleitarse con la dureza de sus músculos. Siguió bajando por su estómago, sus costillas... para ver como su expresión de goce se transformaba en otra de dolor.

—Max, ¿te ha vuelto a pegar? —la rabia anuló la vergüenza y los nervios que había sentido hasta ese instante.

—Eso no importa ahora, Elba —la tranquilizó él, besándola para que no siguiera preguntándole nada más.

Su padre era la última persona en la que deseaba pensar en esos momentos.

—Te quiero y tú me quieres a mí. Nada más es importante que estar juntos. Que este momento —murmuró sobre sus labios entreabiertos—. No hay nadie más importante que tú —prometió antes de volver a devorarlos, más convencido que nunca de que no había nada tan fundamental en su vida como ella.

Un año después.

No cabía ninguna duda de que el universo al completo se estaba ensañando con Elba Vilanova. En el último año, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y no dejaba de girar. Otra vez se encontraba en una situación que volvía a poner su mundo patas arriba, pensó mientras sostenía la prueba de embarazo entre sus temblorosos dedos.

Apenas seis meses atrás, justo después de cumplir los dieciocho años, sus padres habían fallecido en un accidente aéreo mientras regresaban de sus primeras vacaciones en décadas, dejándolos, a ella y a su hermano gemelo, Fabián, solos, sin nadie que los arropara y consolara en esos momentos de dolor y desamparo.

Con esas perspectivas, el futuro de la joven se preveía tan complicado como su presente. No obstante, a pesar de su juventud y orfandad había tomado una decisión irrevocable sobre el embarazo que acababa de confirmar. Tendría al bebé, sería una de tantas madres jóvenes que salían adelante solas. Aunque ella contaba con una importante ventaja: una situación económica favorable, debido al dinero que Fabián y ella habían recibido como indemnización por la muerte de sus padres.

Lágrimas de miedo y felicidad empañaron sus ojos, ¿cómo iba a hacer para criar a un niño, seguir con su vida y

cumplir sus sueños? ¿Cómo se tomaría su hermano la noticia de su embarazo? Fabián era el único familiar que le quedaba, el único hombre en el que apoyarse. Sus padres habían sido hijos únicos por lo que no había nadie más a quien acudir.

Elba y Fabián estaban más unidos de lo que era habitual entre dos hermanos de la misma edad, y lo que menos deseaba ella era decepcionarle o cargarle con una nueva responsabilidad. Su gemelo ya era de por sí protector, demasiado para alguien tan joven.

No tuvo que esperar mucho para conocer la reacción de Fabián a la noticia de su embarazo. En ese mismo instante sonaron unos golpecitos en la puerta del baño seguidos por su voz llamándola, preocupado.

—Elba, ¿estás bien? Por favor, ábreme. ¿Te encuentras mal?, ¿estás mareada? —preguntó, sintiendo la congoja de su hermana como propia.

Desde niños habían estado tan conectados que podían sentir las emociones del otro, pero tras la muerte de sus padres la conexión se había intensificado hasta el punto de que en muchas ocasiones los sentimientos de uno y otro se mezclaban con los propios, llegando a confundirlos a ambos.

Sin responder verbalmente a la llamada se levantó de la tapa del inodoro donde se había sentado, a la espera de que el test le diera el resultado, descalza y en camisón, y quitó el pestillo de la puerta para dejar entrar a Fabián.

El chico abrió en cuanto escuchó descorrerse el cerrojo. Su expresión era de preocupación y temor cuando se adentró en el aseo y la vio de pie frente a él, con la mirada fija en el objeto alargado que sostenía. Su palidez y la expresión desolada de sus ojos le anudaron el estómago. Algo iba realmente mal.

Tenía el rostro pálido, a excepción de las ojeras grisáceas, casi del mismo tono que el de los azulejos del cuarto de baño.

Ella alzó la mirada hasta clavarla en la de su hermano, sus ojos del mismo color miel de los de ella, y con la misma actitud silenciosa con la que le permitió entrar le tendió el test de embarazo, que no había soltado en ningún momento desde que este le descubriera la verdad que tanto había temido.

No fue necesario que Fabián buscara el significado de las dos rayitas en el prospecto del predictor, la cara de Elba se lo aclaró todo.

Llevándose las manos a las sienes, Fabián se sentó en el borde de la bañera, de frente a su hermana, suspiró profundamente y tomó sus manos entre las suyas con afecto y determinación. Tiró de ella con delicadeza para que tomara asiento a su lado, ya que no estaba completamente seguro de que pudiera estar de pie sin desvanecerse.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Qué está mal? —preguntó levantándose de un salto.

—Físicamente nada.

Las lágrimas se desbordaron de nuevo.

—Por lo demás no debes preocuparte, decidas lo que decidas puedes estar segura de que te apoyaré —ofreció abrazándola con fuerza, arrodillándose frente a ella.

—Voy a tener al bebé, Fabián. Eso lo tengo claro, lo que no sé es qué voy a hacer con él. Mamá y papá ya no están, tengo dieciocho años, quiero estudiar, quiero salir con mis amigos, vivir... Quiero... No puedo hacerte esto a ti. —No fue capaz de continuar, estalló en llanto.

Los brazos de su hermano la apretaron más fuerte, acunándola, ofreciéndole el consuelo que le habría ofrecido su madre de haber estado allí con ellos.

Fabián fue el primero en nacer, por lo que era apenas unos minutos mayor que su hermana, pero desde niños se había tomado ese dato con toda la responsabilidad que requería. Poseía un carácter sensato y protector, que a menu-

do exasperaba a Elba, pero que en esos instantes agradeció.

Los dos terminaron sentados en el suelo abrazados mientras Elba lloraba silenciosamente y Fabián la consolaba.

—No pasa nada, hermanita. Estoy aquí. Juntos podremos con todo, siempre lo hemos hecho, pero antes aclárame algo, ¿de cuánto tiempo estás? Necesitas que te revise un médico.

—Hace tres meses que no me viene el periodo —confesó, completamente avergonzada por no haberse hecho antes la prueba de embarazo.

Estaba tan asustada con la idea de estar en estado que pensó que mientras no se realizara el test no habría ningún motivo por el que preocuparse. Hacérsela solo confirmaría lo que ya sospechaba, y no estaba preparada para afrontarlo. No podía hacerlo con Max tan lejos de ella, sin su madre a su lado...

Y tampoco se la hubiera hecho si Miriam no hubiese aparecido con el test la tarde anterior en la facultad, exigiéndole que saliera de dudas de una vez por todas o hablaría con Fabián para que él hiciera algo al respecto.

De modo que se había hecho la prueba, sabiendo que su amiga no amenazaba en balde.

—Hoy mismo iremos al médico. No tienes que inquietarte por nada —le dijo Fabián, asumiendo de nuevo el mando—. ¿Quién es el padre? No has salido con nadie desde que rompiste con Max, y él hace poco más de tres meses que se fue... ¡Es suyo!

—Eso no importa —dijo entre sollozos, con la cara pegada al hombro de su hermano—. Además ya no está aquí. Se fue sin mirar atrás...

—Claro que importa. ¿Es suyo, Elba? Tengo que saberlo.

—No, es mío. Es nuestro —zanjó con rabia apenas contenida.

—Elba, tienes que contarme la verdad. Hay que hablar con el abogado de papá para que quede claro que nunca podrá reclamarnos al bebé. No podemos ser imprudentes en este tema.

—Tranquilo, a él no le interesa nuestro bebé —zanjó Elba con seguridad—. Ya viste lo poco que le costó dejarme...

—Aun así tendremos que decírselo —insistió, al comprender que el exnovio de su hermana era el padre del hijo que esperaba—. Debemos hacer las cosas bien por él o por ella. —Dijo tocándole con cariño el vientre liso.

—Lo haremos, pero no esperes nada que le importe. Le dará igual... Se fue para siempre.

## Capítulo 1

*Despierta de tu letargo, ya es tiempo de que descubras que el mundo no esperará ni por ti ni por mí.*

*Hoy, CIRCUNSTANCIAS ATENUANTES.*

12 años después.

Elba aprovechó que era su hora de comer para salir de la redacción del periódico en el que trabajaba, y acercarse a Fnac y pasearse por la sección de libros. Le había prometido a su hija que le regalaría la biografía de su cantante favorito, a cambio de que sacara más de un ocho en su examen de matemáticas. Alma había cumplido su parte del trato y había aprobado su examen con un nueve y medio, por lo que a Elba no le quedaba más remedio que saltarse la comida y cumplir con su palabra.

Subió a la primera planta y se dio un paseo por las estanterías repletas de libros antes de hacerse con el que había ido a buscar. No es que tuviera mucho tiempo para hacerlo, ya que ni siquiera había parado a comer. El problema era que los libros eran su perdición, la atraían como un imán y una vez dentro de una librería perdía la noción del tiempo. El olor del papel la tentaba como nada más era capaz de hacerlo.

Paseaba entre las estanterías cuando de repente alguien captó su atención, era un hombre de cabello castaño. Alto

y vestía con estilo, pero no fue su aspecto lo que atrajo la mirada de Elba sino el modo en que caminaba, su postura, su actitud... Se movía con una elegancia innata que atraía las miradas de las chicas que reponían libros u ordenaban anaqueles. Para ser justa jamás había visto tantas dependientas juntas, y mucho menos a una hora tan intempestiva como la de comer.

Por su trabajo Elba estaba acostumbrada a conocer a personalidades de casi todos los ámbitos de la sociedad y la cultura, por lo que detectaba a una celebridad con una simple mirada, y ese hombre parecía sentirse muy cómodo y seguro en su piel. La razón por la que no había dejado de observarlo era que aunque le resultaba ligeramente familiar, no lograba situarlo en su memoria.

Para su enorme vergüenza el desconocido la pilló ensimismada mirándole. No obstante, no apartó la mirada que él había trabado con la suya, sino que siguió examinándole hasta que sintió un escalofrío en la nuca y un agradable cosquilleo en el estómago. «*¡Sigue andando!*», se instó mentalmente, «¡no le mires con tanto descarol!» pero ni sus piernas se movieron ni sus ojos parpadearon una sola vez, concentrada como estaba en recordar de qué le sonaba su atractivo rostro.

Fue él quien, tras ofrecerle sin reparos una sonrisa divertida, retiró la mirada y siguió hojeando el libro que sostenía.

Tras echar un vistazo a las novedades Elba se encaminó hacia las estanterías que guardaban los tesoros menos nuevos, cuando se topó con un tomo encuadernado en edición de lujo que la hizo sonreír: la biografía de Mata Hari. Pensando en gastarle una broma a Fabián la cogió para llevársela como regalo. Su hermano acababa de terminar con su última Novia Exprés, como ella, Alma y Miriam las llama-

ban, aunque ninguna de ellas había llegado a merecer el calificativo de «*novia*».

Tras varias semanas con Eva, Fabián la había bautizado con el nombre de la Bailarina Javanesa, por la obsesión enfermiza que tenía con ella, y que de tantos chistes les había provisto. Estaba segura de que la biografía iba a hacerles reír una larga temporada, y quién sabía, a lo mejor era una buena idea leerla antes de regalársela si con ello descubría algún secreto que le permitiera conocer por fin a un hombre que valiera la pena.

Encontrar el libro para Alma no le costó tanto, puesto que estaba expuesto en la mesa de novedades. Puso los ojos en blanco cuando dio con él. «Una promesa es una promesa», se dijo. Miró la portada con reticencias. En ella aparecía Efrén Ventura con el cabello lacio a lo beatle tapándole los ojos, una chaqueta negra de cuero sobre una camiseta del mismo color y unos vaqueros desgastados que debían valer una fortuna. La imagen se cortaba antes de llegar a los tobillos, pero Elba imaginaba el calzado que debía llevar, botas de motero para rematar el cliché de estrella del *rock* rebelde e inaccesible.

Con un suspiro resignado se puso en marcha. Ya tenía los libros, quizás si se apresuraba incluso le daría tiempo a tomarse un té con leche y una tostada con que llenar el estómago. Comenzó a andar con más ánimo. Estaba tan ensimismada en su necesidad de comer que no se fijó en que caminaba directa hacia el atractivo desconocido que había captado anteriormente su atención, y que seguía hojeando el libro, ajeno a su presencia. Elba chocó contra él con tanto ímpetu que dejó caer los que ella llevaba.

El desconocido la miró divertido, reconociéndola. De cerca, Elba se dio cuenta de que su pelo era más rubio que castaño claro, pero la cercanía sobre todo confirmó que era tan atractivo como había supuesto. Nadie en su sano juicio diría de él que era guapo, era mucho más que eso. Era interesante.

Llevaba el cabello engominado en una pequeña cresta, y era unos diez centímetros más alto que Elba, e igual que lo había hecho unos minutos antes la miraba con la misma curiosidad abierta con que ella lo observaba a él. Sus ojos de un azul pálido se ocultaban tras unas gafas graduadas de pasta. Su aspecto era el de un *nerd*, apuesto y atrayente.

—Disculpa. Estaba distraída y no te vi —se excusó Elba, antes de agacharse a recoger los libros que habían caído a sus pies.

—No te preocupes. No hay daños importantes —bromeó él con una sonrisa seductora.

El guapo desconocido también se agachó para ayudarle a recoger los libros, llegando a ellos antes de que Elba pudiera recuperarlos.

Arqueó una ceja mientras los estudiaba. Su expresión iba del asombro a la diversión pasando por algo que Elba no supo descifrar, pero que se parecía mucho al orgullo.

—Veo que tienes un gusto muy ecléctico dentro del género biográfico.

—Ninguno de los dos es para mí, son para mi hija y mi...

—¿Marido? —aventuró al escuchar que tenía una hija.

—Hermano. No hay marido, solo hija —explicó sin saber muy bien por qué lo hacía. No le gustaba airear su vida privada con nadie, y mucho menos con un desconocido, por muy atractivo que este fuera.

«¡Madre mía! Se lo he dicho para que sepa que estoy libre», se dijo cuando se dio cuenta de la jugarreta de su subconsciente.

Él no hizo ningún comentario al respecto, aunque pareció estupefacto de que le confiara un tema tan personal.

—Deduzco que la biografía de Mata Hari no es para tu hija —bromeó, sin apartar la mirada de ella.

—Deduces bien —confesó con un suspiro—. La del cantante es para mi hija.

—Parece que no te gusta mucho Efrén Ventura, tienes pinta de ser más de Alejandro Sanz —dijo, entrecerrando los ojos con una sonrisa irónica.

Elba abrió mucho los suyos, sorprendida por el comentario.

—Tengo la sensación de que te estás burlando de mí y ni siquiera me conoces.

—Disculpa, no es el caso. Simplemente especulaba sobre el tipo de música que te gusta —comentó avergonzado por que lo hubiera calado con tanta facilidad.

—No sé porqué te cuento esto, supongo que porque no te voy a ver más, pero Efrén Ventura ni me gusta ni me disgusta. Lo que sucede es que me parece surrealista que con veinticinco años ya tenga una biografía en el mercado.

—Veintisiete —puntualizó.

—¿Qué?

—Tiene veintisiete años, no veinticinco.

—Vale, ahora comprendo tu comentario sobre Alejandro Sanz, parece que el fan eres tú y que hay cierta rivalidad entre ellos —bromeó ahora Elba.

—No soy fan, es que le conozco... desde siempre. Podría decirse que somos viejos amigos.

—Tengo la sensación de que si te pregunto más sobre esa amistad no vas a contarme nada.

—Eres muy intuitiva —aceptó, diciendo con ello más de lo que parecía.

Elba sonrió resignada al comprender el significado oculto de su comentario. Es decir, que no iba a relatarle nada susceptible de salir en uno de sus artículos.

—Pues es una pena. Soy periodista, y hubiera sido muy interesante entrevistarte —confesó, como si con ello él fuera a ceder.

—En ese caso olvida que te he dicho que le conozco —pidió, alzando las manos para señalar su inocencia—. Hoy no concedo entrevistas.